

El dios Rayo

Jamás pensé lo que me ocurriría esa mañana en que, lleno de ánimo, me dirigía al cerro de Llamacunca —un lugar cercano a mi pueblo— a pastorear mis borreguitas.

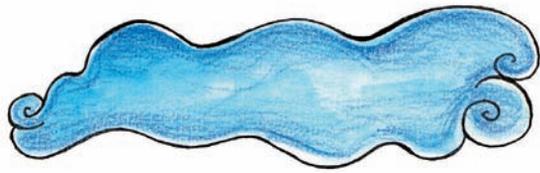
Pensando pasar por allí todo el día, me fui llevando mi fiambre.

Más tarde, mientras mis animales pastaban tranquilos, desparramados por la ladera, yo, para no aburrirme, me dirigí a la loma del frente, donde había ruinas de *gentiles*, con intenciones de ponerme a rebuscar por si encontrara algo que valiera la pena.

Al poco rato, tenía en mi poder pedacitos de cerámica, retazos de tejidos, caracoles y hasta un idolillo de hueso, que me dejaron pensando de cómo nomás habría sido la vida de nuestros antiguos padres. Qué sufrimientos, qué padeceres y qué alegrías también habrían vivido.

Mi mente se hallaba en esas reflexiones, cuando de pronto vi





que, en medio del cielo claro, una nube resplandeciente avanzaba tronando en dirección a donde yo estaba.

Como me llamó la atención, miré con más detenimiento.

La nube un poco que bajó y se detuvo casi a la altura de mi cabeza. Entonces oí una voz que retumbaba dentro de ella:

—¡Yo soy Catequil, hijo, el dios Rayo de tus antepasados, adorado también por los incas! Ahora que estás sobre los restos de uno de los muchos templos que hubo en mi nombre, querrás saber sin duda cómo fue el principio de los tiempos, ¿verdad? ¿No te gustaría hacer un viaje al pasado donde tú mismo estés presente en todos esos acontecimientos?

Sin saber qué responder, asustado, eché a correr ladera abajo. En eso, por volver a mirar la nube, tropecé y, al caer, sentí aterrado como que una gran oscuridad me devoraba.

Cuando después de no sé qué tiempo mis ojos se abrieron, alumbraba en el cielo algo así como una luna pálida, con poquita luz. Al lado se elevaba una inmensa montaña tenebrosa que parecía tocar el cielo. Humo, había humo por todas partes. El silencio era absoluto y de quietud total.

Me sentí desolado y quise llorar, llamar a mi mamá, a los hombres de mi pueblo; mas tomando valor, me hice el valiente y me levanté decidido a explorar el lugar donde me hallaba.

Entonces comprobé alarmado que ese lugar estaba rodeado de lomas peladas, sin vegetación, de feas encañadas, cuchillas y grietas por todas partes, de las que me cuidaba para no dar un paso en falso y caer. Después de estar mirando un buen rato sin saber por dónde nomás enrumbar, sentí como que la naturaleza empezara a animarse, como si la tierra vibrara y hasta sopló un poco de viento. Fue allí que descubrí, alzándose entre el humo que salía desde la profundidad de esas grietas, unas enormes, gigantes-cas culebras que, una vez en la superficie, se desplazaban erguidas, medio atontadas, por un lado y otro. Y después de caminar cierto trecho, increíblemente, iban transformándose en tamañazos seres humanos.

Uno de esos gigantes pasó sin verme, menos mal, cerca de donde yo me hallaba escondido, temblando de miedo. Iba desnudo completamente. Era algo colmilludo, con sus dientes apuntando un poco para arriba, como de puma. «Esos son los *huaris*, hijo, los primeros hombres sobre la Tierra. No tengas temor —resonó la voz de Catequil en mis oídos como viniendo de muy lejos—. Ellos poblarán, como ya los verás, los valles de Chavín de Huántar, de Conchucos y del resto del mundo».

